

importante jornada: llegó al río Gila: pasó mas adelante, encaminando el rumbo ázia el Moqui, ó á sus cercanias: mas, ó porque le faltaron guias, ó porque se dexó arrebatár nimiamente de su fervor, penetró á tierras incognitas, sin saber, si su gente era amiga, ó enemiga. Estava con todo mui apercebido, y con animoso aliento, para profeguir su demanda; pero á la madrugada, no pocos de aquellos infieles Indios acometieron á su comitiva, mas con deseo de robar, que de ofender, ni de matar: los sirvientes recobrados del primer susto se esforzaron á ahuyentar aquellos Barbaros, que se havian ya apoderado de todas las cavallerias: procuraron recobrarlas con valor, para no quedar en tierra enemiga impossibilitados á la buelta: lograron solamente algunas, que bastaron, para retirarse á la Mission.

En la refriega á un Soldado le alcanzó un flechazo, que por no haver penetrado mucho, no hizo caso, y poco á poco se enconó de suerte, que finalmente murió de aquella despreciada herida. Sintió aquel fervoroso Jesuita en el alma esta desgracia, la de frustrarse su glorioso designio, y la de ver malogrados los socorros, con que la charidad de otros Missioneros havia cooperado á la jornada, y sobre todo las que despues de resulta se siguieron; porque cierto Sugeto, que administrava Vara de Justicia dispuso por sus particulares siniestros motivos las cosas de manera, que en adelante careciesse aquel zeloso Missionero de escolta de Soldados: y siendo las tierras, por donde havia de passar, conocidamente enemigas, era lo mismo, que obligarle, á que no continuasse sus Apostolicas entradas, por ser temerario arrojó sin defensa alguna exponerse á nuevos, y mayores riesgos; y essa fué la causa, porque aunque el año immediato de setecientos, quarenta, y quatro se ofreció animoso á nuevo viaje, ya por aconsejarse uno de sus Superiores, ya para dar cumplimiento á la

la obediencia del Real mandato, ya para executar prontamente las ordenes, que ultimamente havian llegado del Padre General de la Compañia P. Francisco Retz, encargando, que se procurasse con el mayor esfuerzo reducir al Evangelio las proximas numerosas Gentilidades, con todo el proyecto ideado se frustró, logrando solamente, que viesse todos, y entendiesse la gran valentia del Apostolico zelo del Padre Keler.

CAPITULO III.

JORNADAS, Y DESCUBRIMIENTOS DEL
Padre Jacobo Sedelmayer Missionero de
Tubutama.

EL Padre Jacobo Sedelmayer hizo en diferentes tiempos largos peligrosos viajes con varios descubrimientos: les juntaremos todos por chronologia de años, á que corresponden, en este capitulo, reservando los dos ultimos para el siguiente. Poco despues de haver entrado á cuidar de la Mission de Tubutama, con las mejoras, y progressos, que en su lugar ya insinuamos, por Setiembre de mil setecientos, treinta, y siete con un rodeo de cien leguas visitó á varias de las Rancherias de los Papagos no mui distantes del Lugar, en que residia. Hizieronle los Indios buena acogida con demonstraciones de mucha alegria: deteniase mas, ó menos dias segun el numero de gente, que encontraba: enseñava, y doctrinava en todas partes, y en algunas dia, y noche: consiguió, no solo que le escuchassen, mas tambien que con gusto le ofreciesse muchos parvulos para el Bautismo: de estos poco despues gran numero logró con la muerte temporal la eterna, y verdadera vida, por

ha-

haber prendido el contagio de las viruelas, que es mortal para los Indios en aquellos parages: muchos de los de aquellas Rancherías comunicavan con los Pimas vezinos del rio Gila: con esta ocasion se bolvió à renovar por su medio el trato, comercio, y comunicacion con los Indios mas distantes. El principal cuidado de este insigne Missionero era, que dexassen sus terrenos, y se agregassen à los Pueblos de su Mission de Tubutama, con la mira de poderles mejor doctrinar, y suavemente reducir à su tan deseada conversion: empresa, que aunque otros la procuraron, no la pudieron conseguir, y este Apostolico Varon ahora afaná de suerte, que despues año mil setecientos, quarenta, y tres, con ocasion de haver à la violencia de un rayo muerto siete personas, no solo una de aquellas Rancherías de sesenta almas, se agregó al Pueblo de Tubutama, abrazando nuestra Santa Fé, sino otra de ciento con la fuerza de su persuasion se juntó al Pueblo de Santa Theresa à dos leguas de distancia del suyo, à que añadió con el mismo buen efecto de hazerse Christianos al cabo de catorze años à todos los Indios de otra Rancheria. Fueron assimismo muchas las que aumentaron la Mission de San Ignacio: todo evidencia los grandes provechos, que en gente tan bien dispuesta à poca costa se consiguen con semejantes jornadas, hablandoles el Ministro de los Mysterios de nuestra Santa Fé; porque no solo se logra la salvacion de muchos parvulos, sino que la bondad Divina prepara los animos de aquellos pobres desvalidos Barbaros, para que muchos à su tiempo abran los ojos à la luz del Evangelio.

Con essa experiencia huviera querido aquel Apostolico Missionero repetir viajes de tanta utilidad, como fecundos de penalidades, y riesgos casi continuos; pero sus enfermedades, y calenturas se los embarazaron, mortificando no poco su ardiente zelo;

no

no obstante año mil setecientos, quarenta, y tres por el mes de Setiembre con uno de ciento, treinta, y tres leguas passó à San Marcelo con un niño, que aprendió con perfeccion à costa de sus fatigas las oraciones, y doctrina en Tubutama: enseñóla à otros hecho ya maestro el que poco antes fué discipulo, y quedaron ya bien dispuestos para el santo Bautismo, que les administró el Padre Joseph Torres Missionero entonces de Caborca. Con esta jornada aumentó con varias Familias de muchas Rancherías intermedias, no solo à essas dos Misiones, sino à sus Pueblos de Visita. Animado con tan felizes efectos de sus viajes à fines de Noviembre hizo uno tan dilatado, como lleno de peligros: guiado de los Indios de los Pueblos, que visitó los años antecedentes, llegó à las cercanías del rio Gila à uno mui poblado, ya de Pimas, ya de Cocomaricopas: recibieronle con grandes demonstraciones de alegria; y aunque les halló al uso de su brutalidad totalmente deshuídos, à persuasiones suyas sembraron algodón, de que hazian sus texidos, con que en adelante se cubrieron: las mugeres ivan con alguna mas decencia, que à pesar de su barbaridad les enseñava la razon con su escasa luz, usando de ciertas enaguas formadas de lo mas tierno de la corteza de los Sauzes. De aqui passó el Padre Jacobo al rio Gila, que, incorporandosele en aquel parage el de la Assumpcion, corre bastantemente caudaloso, dexandose bien percibir las aguas del Salado por su insipidez: reconoció tierras buenas, y bastantes semillas, que le ofrecian en gran abundancia al vér, que se las bolvia, añadiendoles algunas cosas de las que mas estiman, como cuchillos, y listones: sobremanera apreciaron una acha, que les dió; y mostraron estar excessivamente prendados de los cavallos de su comitiva. La Nacion de los Cocomaricopas se estiende por treinta, y seis leguas, poblando una, y otra parte de aquellas ori-

Yy

llas

llas casi quarenta Rancherías, segun escribe este zeloso Missionero en su Diario. Despidióse de esta gente, y subiendo rio arriba à distancia de algunas leguas encontró tres grandes Poblaciones de Pimas algo distantes entre si, y eran de aquellas primeras, que reconoció el Padre Kino. En su tornaviaje halló otras muchas ya expresas en otras jornadas, y se restituyó à Tubutama, despues de haver corrido ciento, setenta, y dos leguas en la suya, descansando hasta que llegasse el tiempo de emprender otra mas arriesgada, y estendida à la Provincia de Moqui.

Antes dispusieron los Superiores, que desde su Mission con cariñosos mensajes procurasse la entrada en las tierras de aquellos rebeldes obstinados Barbaros; porque, hallandose en parage no tan expuesto à las incursiones de los Gentiles, necesitava de menos resguardo, pudiendo executar con pocos familiares su viaje sin conocido riesgo; mas se le ordenó, que sin bastante seguridad no se arrojasse à emprenderle: encargósele asimismo, que de antemano se previniesse de guias fieles; que se assegurasse de la distancia; que se informasse de las Naciones intermedias; que sobre todo remitiesse algunos afectuosos recados à aquellos Barbaros, para que su vista improvisa no les irritasse; que si le franqueavan la entrada, passasse en hora buena à sus tierras; que en caso de hallar, como ya pregonava la fama, que los Padres del nuevo Mexico trabajavan en su reduccion, exhortasse à los Indios, à que admitiesen su doctrina, y animandoles à que abrazassen la Ley de Dios, se retirasse à su Mission; y finalmente, que si aquellos solícitos Obreros de la viña del Señor no huviessen podido con la eficacia de su Espiritu ablandar la dureza de sus obstinados corazones, viesse, y reconociesse la disposicion de aquellos Infieles, para seguir, y abrazar las verdades Evangelicas, informandose de passo de sus Pueblos, idioma, costumbres, situacion, y buenas calidades de

de aquella tierra, formando lo mejor que pudiesse algun dibujo, ò uno como mapa de la Provincia, y anotando puntualmente el derrotero quotidiano, las distancias, los parages, y las Poblaciones.

Con esta instruccion bien prevenido, dispuestas ya las demás cosas necesarias, por Octubre del año mil setecientos, quarenta, y quatro caminó el Padre Jacobo ochenta leguas desde Tubutama hasta el rio Gila: en las Rancherías de este intermedio halló como seis mil almas: en las de los Papagos, en las de la misma Nación Pima, y en otras adyacentes à aquel rio, segun computo prudencial, otras seis mil: fué bien recibido de estos Indios, que ya en otras entradas havia conocido: con los doncellitos, que les repartia les era mas gustosa su venida: tenian aquellos Barbaros las casas mui angostas, y largas, juntándose en cada una todos los de la parentela, y pareciendo un hormiguero, quando salian los que la habitavan. Admiró aun algun rastro de los viajes del Padre Kino: mostraronle un pedazo mui corto de una acha, con que les havia regalado aquel grande insigne Jesuíta: era ya la unica herramienta, que les quedava, usando por turno para el corte de la madera: estava tan gastada, que apenas podia ya servir. Hizo nuestro fervoroso Missionero algunas Pláticas, para dar à aquellos Infieles alguna luz de los Mysterios de nuestra Santa Religion, entablado otras mui familiares, y amigables, para ganarles la voluntad: les preguntó con igual prudencia, que sagacidad, si sabian por donde caía el Moqui? Quanta era la distancia? Quales los caminos? Si asperos? Si escasos de aguas? Si arriesgados? Si expuestos à la ferocidad de los Barbaros? Y por ultimo, si se atreverian à guiarle, y conducirle à aquel País? A todo le respondieron lisamente; y se reducía, à que el Moqui distava tres, ò quatro jornadas; que los caminos eran buenos; que no faltavan aguas suficientes; que no havia riesgos de

Infieles; y que le conducirian de buena gana: oyólo con gran gusto el Padre Jacobo, mas el dia siguiente mudaron todos de lenguaje, y quanto el antecedente havian facilitado aquella tan gloriosa, como deseada importante empresa, otro tanto se la dificultaron: ponderavan la distancia, la aspereza del camino, la carestia de agua, y el evidente peligro de los Barbaros, concluyendo con patente contradiccion, y sin rubor alguno de su barbaro pundonor, con negarse à lo que ya le havian ofrecido.

Aquel sabio experimentado Jesuíta luego penetró la causa de tan repentina novedad: atribuyóla sin duda, ò à los donecillos, que havia repartido à aquellos Indios, y discurrían à su modo, que quantos mas llevasse al Moqui, tantos menos les daria; ò à sus familiares de Tubutama, que les persuadieron aquella noche la mudanza, ò para escusar de este modo tan larga jornada, ò bien porque temian, que llegando à aquel País, se les quedaria por allá el que amavan como tierno amante Padre, perdiendole, y privandose assi de su enseñanza; ò porque el Demonio temeroso de la reduccion de aquella Provincia, que tenia tan tiranizada, con sus ocultas instigaciones les amedrentó en aquella empresa. Estas razones son muy proporcionadas à la rudeza, y poco alcance de los Indios; y si cada una es suficiente, todas juntas eran sobradísimos motivos, para negar lo que antes tan liberalmente ofrecieron. Viendo aquel sabio discreto Jesuíta tan cerrada la puerta à sus Apostolicas ideas, siguió el rumbo del rio Gila abaxo: llegó à la Nacion Cocomaricopa, y la halló de diferente lenguaje, y con armoniosa correspondencia con los Pimas: reconoció aquella buelta, que dán allí sus corrientes por ocho leguas ázia el Norte, y por la larga distancia de sesenta, y seis hasta acercarse à incorporarlas con el rio Colorado: anduvo en sus cercanías casi quarenta leguas; y sin darse por entendido de

de lo pasado con los Pimas, hizo à los Cocomaricopas las mismas preguntas sobre la entrada al Moqui: respondieronle con toda sencillez, y con igual facilidad lo mismo, ofreciendosele prontos à conducirle; pero el dia siguiente les halló con la misma mudanza, y contradiccion, con que se desvaneció del todo aquella importante empresa: solo se logró, que prometieron aquellos Indios, que avisarian à los de aquella Region, quando viniessen à sus tiempos acostumbrados para el comercio, de la venida del Padre, y del deseo, que tenia de passar à visitarles; y que si de antemano lo otorgavan, le comunicarian su respuesta: mas ni aun esto executaron; pues nunca ha llegado alguna sobre este punto. Perdido ya este, se procuró assegurar el de reconocer el rio Colorado: descrivele el Padre Jacobo con las calidades ya referidas en otra parte de esta Historia, añadiendo solamente, que es navegable, como otros grandes de Europa: observó tambien las orillas del Azul, advirtiendo, que mas arriba del Gila vió al otro muy caudaloso llamado de la Assumpcion, que se compone de otros dos nombrados el Verde, y el Salado: señala el sitio, en que se junta el de la Assumpcion con el Gila, en cuyas orillas muy arriba coloca à los Apaches: sigue despues un despoblado de dos dias rio abaxo, luego se hallan ya Rancherias de Indios Pimas, inmediatamente otro despoblado, y despues los Cocomaricopas: pasado un dilatado despoblado de treinta leguas asegura su relacion, que se llega al rio Colorado; que en una, y otra parte hai Poblaciones compuestas de Pimas, y de Cocomaricopas; que mas abaxo, segun afirmavan los Naturales, vivian los Yumas tenidos por Indios de la Nacion Cocomaricopa, por hablar la misma lengua, mas que estavan enemistados con los otros.

Vió nuestro insigne Missionero, como passavan à nado aquellos Barbaros la caudalosa corriente de aquel rio: quando el varon trahe armas, las levanta

ta con una mano sobre un palo, mientras nada con la otra: las mugeres vestidas allí de hojas de arboles, ponen su barbara pobre ropa en una corita, ò batea, acostando sobre el niño, quando crian; y rempujando el rustico barquillo con la mano izquierda, nadan con la diestra, hasta llegar al otro lado: lo demás de la relacion conforma con las del Padre Kino en la numerosa muchedumbre de gente, en su buen recibimiento, en las calidades de aquellas tierras cercanas à los rios, en su fertilidad, amenidad, frecuencia de Rancherías, y de arboledas. Predicó en todas partes aquel Apostolico Varon, dando noticia à tan numerosas Gentilidades de nuestros sagrados Mysterios, para prepararlas à que algun dia les confessassen, alumbrandolas el Señor, para salir finalmente de su barbara lastimosa ceguedad. Escucharonle con gusto, mas por haver enfermado algunos de su comitiva, le fué preciso bolverse à Tubutama, à donde llegó à principios de Noviembre. Con la puntual noticia de esta jornada los Superiores le instaron otra vez, que repitiesse otra nueva; mas, ò por falta de quien le siguiesse animoso, ò por los achaques, que le debilitaron la salud, ò por sus sobradas ocupaciones en su numerosa Mission, y Pueblos de su cargo, no pudo emprenderla.

Llegó el año mil setecientos, quarenta, y seis, y sin poder ya contener mas su ardiente zelo, hizo otra de ciento, y dos leguas: registró la playa del mar de Caborca, para vér, si por allí podia encontrar surgidero competente, para que las Canoas de la California pudiesen conducir à sus nuevas Misiones los viveres necesarios, que en competente porcion puede suministrarles la Pimeria. No halló parage alguno, reconociendo bastante escasez de agua; mas ya que no logró en su jornada el fruto, que principalmente pretendia, en su buelta cogió uno, que le suavizó sus fatigas, persuadiendo, que se agregassen como

mo ducentas, y cinquenta almas à su Mission à mas de las ciento, y cinquenta, que havia ya añadido el año de setecientos, quarenta, y quatro: todos se convirtieron, y bautizaron con inexplicable consuelo de aquel sollicito fervoroso Missionero. La diligencia de reconocer la costa de Caborca, para facilitar las conversiones de California, la perficionó mucho despues el Padre Thomás Tello actual Ministro de aquel Pueblo por Mayo del año de setecientos, cinquenta, y uno. Adelanto aquí esta noticia, para que se entienda como felizmente se logró lo que tan ansiosamente se buscava. En su carta asegura aquel experimentado Jesuíta, despues de haver hecho las mas cuerdas sollicitas averiguaciones, que los meses de mayor seca con alguna dificultad podrán conducirse los viveres à la costa de aquella Península; que en los demás del año, habiendo ya la provision necesaria de agua, no se hallará alguna especial; y que en la misma caxa del rio de Caborca, (cuya agua se consume ordinariamente, sin dexarla llegar à desembocar en la mar) pueden tener abrigo mui bastante las Canoas de aquella tan necesitada Provincia: noticia à la verdad mui estimable, y tanto mas, quanto sin este facil recurso sería mui arduo, y casi humanamente imposible, que se adelantassen las Misiones, y conversiones en la costa de California.

CAPITULO IV.

DOS JORNADAS ULTIMAS DEL PADRE

Jacobo Sedelmayer con utilissimos descubrimientos.

YA que no logró el Padre Jacobo lo que tanto deseava en su jornada del año mil setecientos, quarenta, y seis, emprendiendo otra por Octubre de mil